

ENTRE EL HÉROE NACIONAL-PADRE DE LA PATRIA Y EL ANTI-HÉROE NACIONAL-PADROTE DE LA PATRIA

ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura
CLXXXIII 724 marzo-abril (2007) 203-210 ISSN: 0210-1963

Germán Carrera Damas

Escuela de Historia. Universidad Central de Venezuela

ABSTRACT: *The purpose of this article is to provide an overview about the Venezuelan heroic cult. From a historiographic and literary approach national history is showed as a society where heroes are very important at the level of ideological and political manipulation.*

KEY WORDS: *Hero, nation, heroic cult, republic, historiography.*

INTRODUCCIÓN

Me propongo esbozar, en algunos de sus trazos literarios e historiográficos, las grandes líneas de la triste suerte de una sociedad que parece haberse destinado a desenvolverse, de manera irremisible, entre el permanente culto al Héroe nacional-Padre de la Patria y la sumisión recurrente al Antihéroe nacional-padrote de la Patria, combinados en un desorbitado y manipulador culto heroico.

El Héroe nacional-Padre de la Patria se halla personificado en el general Simón Bolívar, como modelo de lo discrecional y autoritario vuelto símbolo de eficacia, e instituido legalmente. en los términos de la "Ley sobre el uso del nombre, la efigie y los títulos de Simón Bolívar", promulgada el 20 de junio de 1968, durante el gobierno democrático del doctor Raúl Leoni.

El Antihéroe nacional-padrote de la Patria es un arquetipo del despotismo, obtenido con los desiguales aportes, pero con idéntica disposición de engendrar sucesor, mediante la destilación de la personalidad y obra de los generales Antonio Guzmán Blanco, Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez Chacón, Eleazar López Contreras, Isaías Medina Angarita y Marcos Pérez Jiménez, con el añadido actual del teniente coronel golpista sobreesido Hugo Chávez Frías, y establecido por la tradición como Némesis de las aspiraciones democráticas de la sociedad venezolana, presentes desde 1863.

RESUMEN: El artículo esboza el culto heroico venezolano a partir de algunos de sus trazos literarios e historiográficos. El argumento se ilustra con las grandes líneas de desarrollo de una sociedad que parece haberse destinado a desenvolverse, de manera irremisible, entre el permanente culto al Héroe nacional-Padre de la Patria y la sumisión recurrente al Antihéroe nacional-padrote de la Patria.

PALABRAS CLAVE: Héroe, nación, culto heroico, república, historiografía.

La condición de Héroe Nacional-Padre de la Patria, entendida también como la de fundador de la República de Colombia, denominada Gran Colombia, le fue reconocida a Simón Bolívar en los considerandos de la Ley de 24 de julio de 1823, por la cual el Congreso de la naciente República le concedió... "al Libertador Presidente la pensión de treinta mil pesos anuales vitalicios", atendiendo a que: "Es un deber de la República cuidar de la subsistencia, cómoda y decente del que le ha dado el ser, y de quien justamente espera habrá de elevarla al punto de grandeza y perfección á que la llaman sus destinos"... En suma, el agraciado quedó consagrado, también, como padre protector y orientador.

A su vez, la condición de Anti-Héroe Nacional-padrote de la Patria nace y se reproduce por la detentación del poder político, ejercido discrecional y autoritariamente, en el marco de la república liberal autocrática, que fuera instaurada, si bien transitoriamente mediante la figura de una cuestionable *dictadura comisoría*, por Simón Bolívar, en 1828. Es una figuración, por lo general aberrante, del heroísmo que ha sido aclamada por áulicos y demás serviles, bien caracterizados por escritores e historiadores. La acepción reproductiva de esta condición pseudoheroica se expresa, con toda propiedad, en la determinación, directa o indirecta, de engendrar políticamente sucesor.

Es reveladora la conexión que ha existido entre el Héroe Nacional-Padre de la Patria y el Anti-Héroe Nacional-pa-

drote de la Patria. Esa conexión ha consistido en que, de manera sospechosamente consecuente, el primero ha sido utilizado como fuente de legitimación ideológica, y de aval político, del segundo, pero sin haberse atrevido este último a reivindicar, expresamente, lo pautado por el primero en su proyecto de Constitución para la República Bolívar, sobre la conveniencia de un Presidente con derecho a designar su sucesor, conformándose así un híbrido de la monarquía constitucional con la república. No obstante, ha sido la práctica del resultado de esta hibridación, más cercana de la monarquía absoluta que de la constitucional, el estilo de mando –que no de gobierno–, de esa suerte de monarcas republicanos.

Son muy abundantes los testimonios literarios e historiográficos sobre esta contraposición de valores, si bien están confundidos en gran parte los medios de expresión de esos testimonios, porque ellos corresponden, por lo general, a la etapa de la historiografía venezolana en la que ésta formaba parte de "las bellas letras". En esta breve nota me limitaré a presentar y comentar unos pocos de esos testimonios, precedentes sobre todo de la obra de figuras menos frecuentemente mencionadas al tratar de estas materias.

LA AFLICCIÓN PERSONAL Y COLECTIVA: ORIGEN DEL CULTO HEROICO

El 25 de marzo de 1859 fue publicada en *El Heraldo*, de Caracas, una "Advertencia" del escritor e historiador Juan Vicente González, referida a su "Historia del poder civil en Colombia y Venezuela", que termina con tres preguntas y un voto que, a juicio del autor, reflejan un pensamiento capaz de causar desánimo y tristeza. De las preguntas retengo las dos primeras:

... "¿Tendrá la América del Sur una historia que nuestros nietos lean; y combatida por eternas revueltas, ensangrentada por la anarquía y el despotismo, florecerá algún tiempo entre los pueblos civilizados?"...

... "¿Habrán un día reparador para su gloria eclipsada, su valor extinguido, sus leyes ultrajadas, sus ciudadanos proscritos?"...

El voto resume una esperanza agónica:

"¡Que nuestros males sean condiciones transitorias para tiempos mejores! Porque el ciudadano puede consolarse de vivir proscrito en su patria, inútil a los demás, como esta patria crezca y se haga grande y le cubra muerto con un polvo glorioso"¹.

Hacia tres décadas y media que la Batalla de Ayacucho había marcado el fin el Imperio español en América continental; y casi tres que fue rota la República de Colombia; símbolo el primer acontecimiento de la gloria alcanzada, e inicio el segundo, ante los ojos de todos, de una decadencia que no hacía sino acentuarse, ensañándose con el patriotismo de quienes, como Juan Vicente González, observaban sus tiempos con los criterios de su formación clásica; es decir, advirtiendo el abrupto contraste entre el auge y la decadencia, sin conceder mucho a la intermediación entre ambos. Y es, quizás, la dificultad de percibir esa intermediación lo que ha prevalecido en la visión literaria de la vida histórica de las naciones latinoamericanas, hecho claramente perceptible en las letras venezolanas, casi desde sus primeras expresiones.

Nada de sorprendente hay, por consiguiente, en que esa visión, propia de una historiografía todavía parte de "las bellas letras", buscarse y hallarse, pronta y perdurablemente, símbolos que permitiesen transmitir, de manera eficaz y sintética, los resultados de enjundiosos balances historicistas.

No costó mucho esfuerzo elegir el símbolo de la grandeza, vista luego como perdida o dilapidada. Para prestar tal servicio estaba destinado el Héroe Nacional-Padre de la patria, a quien además se le endosó toda la responsabilidad tanto de haber encendido, o avivado, la hoguera de una grandeza cuyas cenizas generaban desaliento, como de la frustración de las esperanzas marchitas; si bien la invocación de ese héroe permitió, al mismo tiempo, mantener la prédica de la tierra prometida, ahora solícitamente procurada por los Anti-Héroes-padrotes de la patria, que se cobijaban bajo el prestigio del autor, y único responsable, de la amalgama de orgullo y desesperanza que embargaba los ánimos.

La selección del Héroe Nacional-Padre de la Patria no resultó muy difícil, tampoco, dado el necesariamente corto número de aspirantes. No ha sucedido igual con el símbolo de lo opuesto, por sobra de aspirantes. Así, la conciencia

histórica del venezolano se ha debatido, y se debate, entre la adoración del Héroe Nacional-Padre de la Patria, benévolo, y el rechazo del Anti-Héroe Nacional-padrote de la Patria. El primero fue el abnegado libertador; el segundo ha sido el no pocas veces vesánico opresor.

EL PESO DE LOS HÉROES: ¿NECESARIO?

El escritor, ensayista e historiador Mariano Picón Salas dejó un testimonio sobre la Venezuela de 1941, que vivía los últimos momentos de la dictadura establecida por el Anti-Héroe Nacional-Padrote de la Patria General Juan Vicente Gómez en 1909, y prolongada, en lo esencial, por sus albaceas y herederos, hasta 1945. Vio... "un país de gloria olvidada entre las ruinas de su atraso"...². Medio siglo antes, el novelista y periodista Manuel Vicente Romero García escribió del pueblo de Juangriego, en la Isla de Margarita: ... "no tiene un muelle que necesita urgentemente; en cambio ostenta una estatua de Arismendi [general Juan Bautista Arismendi, héroe independentista local] sobre la arena de la playa"...³.

¿Se trata, en esto último, de una prueba del heroísmo acreditado como compensación de una vida de atraso y miseria? No es fácil sostenerlo expresamente; pero siempre ha sido posible intentar justificarlo, y acogerse, para hacerlo al precepto enunciado por el poeta y ensayista Manuel Osorio Calatrava en 1939:... "aún no somos todos tan ciudadanos –en ningún país del mundo–, que no necesitemos del héroe; ni tan sabios que no necesitemos del profeta"...⁴; es decir de satisfacer la necesidad de un guía y orientador, particularmente en sociedades que no han alcanzado la madurez. Pero cabe preguntarse si el ensayista veía como algo transitorio la dependencia del héroe vivida por la todavía inmadura sociedad venezolana.

Lo que es más, podía argumentarse que privar a los pueblos decadentes y empobrecidos de su última riqueza no parece que se correspondiese con los intereses de esos pueblos, según sostuvo, en 1881, el que fuera considerado una especie de Homero venezolano, el homenajeado Eduardo Blanco:

"Id a decir al pueblo griego, hoy degenerado y abatido, que es todo fábula cuanto narra Herodoto; que Leónidas fue un

mito lisonjero; que los laureles de Maratón no pertenecen a Milciades; que Aristides, en fin, no sintetiza el patriotismo de todo aquel gran pueblo; y veréis la indignación sobreponerse a la indolencia de los descendientes de Teseo. Porque en la postración en que hoy vegetan, alientan sólo con los recuerdos del pasado, y conculcarles su historia, que es su orgullo, es condenarlos a eterna obscuridad"⁵.

Este juego de las realidades y el ensueño no debía dejar lugar a dudas, en cuanto a la nobleza de la causa de quienes utilizaron pluma e ingenio para mantener vivo, en el recuerdo de los pueblos, un pasado cuyos significados heroicos aumentaban en proporción directa con los signos de la pobreza, el atraso y el desorden social. Por ello excitaban a los gobernantes a consagrar esfuerzos en el sentido de preservar y estimular el culto heroico. El ensayista e historiador Felipe Larrazábal lo recordó así, sentenciosamente, en 1866, al transcribir íntegro un decreto de Simón Bolívar, al cual me referiré al final de esta nota, cuya esencia es obligante:... "uno de los primeros actos del poder debe llevar por objeto tributar á los libertadores de la Patria un honor que los distinga entre todos, creando símbolos que representen sus grandes servicios, la gratitud y consideración que todos les deben"...⁶.

De esta manera presagió este autor el advenimiento de un culto heroico oficializado como política no ya de gobierno sino de Estado, en lo que puso gran empeño, poco más de una década después, el Anti-Héroe Nacional-Padrote de la Patria General Antonio Guzmán Blanco, como factor importante de su ejercicio autocrático y modernizador del poder.

EL PESO DE LOS HÉROES: ¿ABRUMADOR?

Se dieron de esta manera las condiciones para la formación de un clima ideológico que llegó a estar presente incluso en lo cotidiano, partiendo de una situación señalada por el escritor Domingo B. Castillo en 1934: "Las conversaciones predilectas de esa época reproducían las mejores hazañas de la Independencia y de las guerras civiles, y en años anteriores, esos recuerdos eran el pan cotidiano de una población que vivía toda en pie de guerra"... Hasta el punto de que, según el mismo autor, había plena correspondencia entre la temática de la conversación cotidiana y

la representación literaria de esa situación:... "La Venezuela Heroica de Eduardo Blanco estaba inédita en la mente popular, y en ese ambiente se formaban los hombres de combate, cuyo campo experimental se dividía en partes iguales, entre godos [conservadores] y liberales"⁷.

La manifestación de esta obnubilación patriótica en los individuos fue caracterizada por el escritor y novelista Manuel Díaz Rodríguez, en su novela **Ídolos rotos**, publicada en 1901, al referirse a uno de sus personajes, lo dice... "Pertenece a una familia para la cual hacía veces de segunda religión⁸, el culto rendido a Bolívar, él halló en este culto el más alto ideal de su existencia"⁹.

Las consecuencias sociopolíticas de semejante exaltación del heroísmo reducido a lo militar no podían ser más graves, como lo advirtió el ensayista y periodista César Zumeta en una nota crítica, publicada en 1895, a la obra de Laureano Villanueva "Vida del Gran Mariscal de Ayacucho". Sentenció César Zumeta que: "En tierras donde el mal que nos corroe las entrañas es la glorificación de los vencedores, y por atavismos antropomórficos van cayendo los pueblos de rodillas ante los hombres llamados providenciales, sancionar el personalismo incondicional de la gloria, es perpetuar el personalismo incondicional del éxito"... Y tal ha sido el efecto perverso, según el mismo autor, de lo que algunas mentes preocupadas creyeron que sería una tabla de salvación para un espíritu colectivo que, atribulado, se sumía en el desaliento, hasta rayar en la desesperación:... "Cuando las grandes conciencias, los cerebros guadores colocan a Bolívar por encima de la crítica y de la historia, la masa guiada, el pueblo, no vacila en colocar a una mediocridad cualquiera sobre la nación y las leyes"... Se conformó de esta manera, prosigue, una situación sociopolítica que fue favorecida por la desviación del sentimiento patriótico así fomentado:... "Hubiéramos sido más parcos en ditirambos, y no llenarían nuestra historia de los últimos setenta y cinco años tres o cuatro hombres que gobernaron en no interrumpida apoteosis, más arriba de toda responsabilidad y de toda sanción"¹⁰.

Tal había sido el resultado de una exaltación del heroísmo militar a la manera de Eduardo Blanco, cuando sentenció que: "Esos muertos a quienes maldicen hoy locas pasiones, debieran ser sagrados: sus faltas, si algunas cometieron, desaparecen ante el supremo esfuerzo que hicieron por la patria. Obscurecer el brillo que irradia su memoria es

desagarrar nuestra epopeya." Este pensamiento sirvió al autor para consagrar nuestro primer Anti-Héroe nacional-Padrote de la patria, el sobrevalorado caudillo llanero general José Antonio Páez: "Atentar a las glorias de Páez, es atentar a las glorias de Venezuela"¹¹.

Se abrían de esta manera los caminos que recorrería la mente crítica, enfrentada a los excesos literarios del culto heroico y a sus consecuencias sociopolíticas.

Uno de esos caminos era el de establecer el contraste entre el pasado heroico, tan exaltado por todos, y un desmirriado presente al que, sin embargo, no le faltaban devotos, como lo hizo el novelista y ensayista Pedro María Morantes (seud. Pío Gil), en 1911:

"Tenemos una historia muy gloriosa que no necesita de pirotecnias épicas. En nuestra vida de apenas tres siglos, se han visto todos los heroísmos que las naciones más antiguas registran en sus anales milenarios. Nuestros progenitores indígenas, dieron héroes; nuestros conquistadores, dieron héroes; nuestros próceres, dieron héroes. En nuestra historia patria, de muy pocas páginas, tenemos muchos Ayaxes y Aquiles, muchas Salaminas y Zaragoza"¹².

En cambio, la triste realidad de entonces no podía ser más decepcionante:... "Nuestra vida ha sido una sola diana, diana de victoria para nosotros ó de victoria para nuestros enemigos; pero vencedores o derrotados. habíamos combatido siempre, no nos habíamos entregado nunca, sin combatir. Esta vergüenza nos la impuso Castro [el Anti-Héroe Nacional-Padrote de la Patria, general Cipriano]. En el bloqueo [de 1902] no hubo un gesto que salvara nuestro honor"... y dio una incisiva explicación de lo sucedido:... "La Restauración [presuntuosa designación del régimen jefaturado por el general Cipriano Castro], no tenía héroes, sino cortesanos y mercaderes"¹².

Otro camino consistió en señalar la inconsecuencia con las auténticas glorias, al mismo tiempo que se exaltaba las falsas, cual lo apuntó el ensayista Vicente Dávila, en 1923-27: "En Venezuela tienen estatuas Antonio Leocadio Guzmán, falso Prócer y Padre de la Mentira, y los federales Juan Crisóstomo Falcón y Ezequiel Zamora, que asolaron los dos últimos el País y luego implantaron desventuras nacionales, y Codazzi [coronel Agustín], Ilustre Prócer, sabio Geógrafo y Gobernante austero, no tiene siquiera un busto"¹³.

Un tercer camino consistió en el ejercicio de la sátira, como lo ilustra el siguiente pasaje de "Marcelo", obra de Manuel Vicente Romero García, de comienzos del siglo XX: "Chaparro era el ídolo de los muchachos; el payaso más gracioso que registran los anales patrios; creo que es el decano del arte nacional". / "¿Y no tiene estatua?" / "No, que yo sepa..." / "Pero sí debió tener el busto del Libertador"¹⁴.

Los tres caminos, aquí apenas ilustrados, confluyeron en un pantano de amarga comprobación: la de la alabanza rendida al poder como fuente de un malhadado heroísmo que termina por empañar el auténtico, llegando hasta desvirtuarlo volviéndolo farsa. Fue la dolorosa comprobación ofrecida por Pedro María Morentes (seud. Pío Gil), en 1911, y lamentablemente repetida en la historia de Venezuela:

"En las edades por venir, cuando el viento de los años haya arrastrado estos miasmas de ignominia que flotan en nuestra política, y la muerte, necesaria y fecunda como la vida, haciendo escoba de su guadaña implacable, haya barrido esta generación de palafreneros y ladrones que se ha adueñado de Venezuela [Se refiere al gobierno del Anti Héroe Nacional-Padrote de la Patria general Cipriano Castro]; en los tiempos futuros, cuando el historiador, dominando las náuseas, estudie y analice esta época bochornosa, se va á detener abismado ante la doble duda de que existieran cortesanos capaces de ofrecer esas alabanzas, y déspotas capaces de aceptarlas. En esos tiempos futuros, no sólo se va á dudar, como se duda ya, de las hazañas de nuestros días de gloria; también se dudará del rebajamiento de nuestros días de decadencia. El envilecimiento de los áulicos va á parecer tan asombroso como las proezas de los próceres: son dos heroísmos, el heroísmo del esfuerzo y el heroísmo del arrastramiento que van a desdibujarse en la frontera de lo increíble"¹⁵.

El contraste así establecido entre el pasado heroico, acriticamente estudiado y patrióticamente exaltado, y la conducta de quienes orquestaban esa operación ideológica, para los fines del control y usufructo del poder público, gritaba el atraso general de la conciencia pública, y pesaba, hasta bloquearla, en la modernización del país, en los diversos aspectos de la vida social y cultural. La primera víctima de esta conjura de la ignorancia, aliada de la mediocridad exhibida con avilantez, era la historiografía, salvo la excepción de contados espíritus críticos que osaron reaccionar, al menos en algunos aspectos, contra la historia oficial que se entronizaba.

LA REUBICACIÓN DE LOS HÉROES: ¿NECESIDAD O RIESGO?

Desde muy temprano algunos espíritus críticos alertaron sobre las consecuencias de lo heroico, tal como era concebido en los términos acuñados por la historiografía bellas letras y la literatura, y codificados por la historia oficial. Pronto se reveló su vinculación con la dramática, y frecuentemente trágica, vida de la República, en el perverso cultivo, en la opinión pública, de una disposición proclive a estimular el personalismo y su exacerbación el *caudillismo*.

En 1952 el historiador Mario Briceño-Iragorry estimó que era llegada la hora de escribir una historia que, según el novelista José Rafael Pocaterra, quien demostró en esto... "mayor sentido histórico que muchos profesionales de la historia"... no fuese sobre... "la época de los jefes insignes y de los subalternos que corrían como perros cerca de las botas de los jefes"...; y observa el historiador: "Esta circunstancia quizá sea una de las causas más pronunciadas de que nuestro pueblo carezca de densidad histórica"... La historia bélica... "ha sido para el pueblo venezolano como centro de interés permanente, donde ha educado el respeto y la sumisión hacia los hombres de presa"...; de allí que nuestra historia no halla sido... "sino la historia luminosa o falsamente iluminada, de cabecillas que guiaron las masas agueridas, ora para la libertad, ora para el despotismo"¹⁶.

La persistencia de este indoctrinamiento de la conciencia pública, que abonaba el caudillismo, puede apreciarse por la circunstancia de que unas cuatro décadas antes había sido formulado un luminoso llamado a la revisión del concepto de héroe. En efecto, el escritor y novelista Manuel Díaz Rodríguez, al dirigirse, el 11 de diciembre de 1910, a los estudiantes de la Universidad Central, les advirtió que si bien hacia un momento había hablado... "de aquellos individuos portentosos que idearon, vivieron y coronaron la epopeya de nuestra emancipación política, pensaba yo que, haciéndole un gran daño inevitable a su posteridad, le aparejaban al mismo tiempo un gran deber, cuando fijaban el concepto del héroe con caracteres imborrables, de prestigio casi divino, en el alma de las muchedumbres"...

Preocupado por esta modalidad de conciencia inducida so capa del patriotismo, hizo un llamado apremiante:... "El

más urgente deber de cuantos en la República tenemos función de pensar, magistrados y jueces, estudiantes y maestros, escritores y artistas, nos impone crear el culto de la inteligencia y de la ciencia, para en lo posible sustituirlo al viejo culto del héroe en el corazón de las masas"... Pero de inmediato, cauto, también se puso a tono con los tiempos, y formuló una prudente advertencia: el cumplimiento de ese deber no consiste en... "alejarnos en absoluto de aquel concepto del héroe, ni mucho menos en romperlo y olvidarlo, sino en modificarlo, en transformarlo, en hacerlo tan amplio y generoso como el concepto de Carlyle, de suerte que en él quepan las más altas y puras formas del pensamiento y de la vida"... El orador terminó con una vehemente exhortación: "He ahí, con un nuevo concepto del héroe, el ideal moderno del héroe que debemos esforzarnos en poner a latir como un corazón en lo hondo, o a fulgurar como una estrella en la frente de las multitudes"... seguida de una sentencia: ... "Únicamente al amparo de ese ideal podríamos fundir el culto de la inteligencia y de la ciencia en el culto del heroísmo"...¹⁷.

Medio siglo después el llamado de Manuel Díaz Rodríguez, cuyo cumplimiento implicaba, obviamente, una revisión crítica del desorbitado culto rendido a Simón Bolívar, halló un rotundo rechazo, en 1960, de parte del exaltado bolivarianismo del académico escritor e historiador Presbítero Pedro Pablo Bartola:

"Pobres de nuestras naciones y pobrecita sobre todo nuestra patria y la del Héroe, Venezuela, el día -que ojalá nunca llegue ni siquiera se vislumbren indicios de que pueda llegar- cuando nuestros niños y jóvenes, por no haber recibido de maestros que debieran ser siempre insopechablemente nacionalistas y americanistas, una diligente, bien orientada y entusiástica enseñanza de la historia y del espíritu bolivarianos, se fueran acostumbrando a concebir una idea vulgar y hasta errónea de lo que fue y lo que debe significar para nosotros la personalidad y la obra de Bolívar"...¹⁸.

Pero esta historia que el fervoroso sacerdote bolivariano defendía de los para él antipatrióticos asaltos de la crítica histórica, había sido estigmatizada por el ensayista e historiador conservador Augusto Mijares, dos décadas antes, como... "la interpretación [de la historia] que podríamos llamar *heroica*, para remedar a Carlyle, o *caudillezca*,

según el propio lenguaje americano"... por considerarla pesimista, si es que no derrotista:... "los que sostienen la teoría caudillezca sólo pueden esperar la reorganización republicana de estos países de la misma fuerza genial y personalista que, según ellos, produjo la Revolución emancipadora. Ésta habría nacido de un *fiat* providencial; es preciso resignarse a esperar otro"¹⁹.

Ha sido notable la resistencia de la historiografía venezolana, y por ende de la literatura, a poner por obra la revisión crítica del conocimiento histórico tradicional, y por lo mismo de su irrefrenable heroísmo belicista. Todavía en 1961 pudo escribir el historiador chileno Francisco A. Encina, refiriéndose a su país, que era... "tal vez el único en América ibera que está en condiciones de revisar la personalidad de sus héroes legendarios"...²⁰.

Esto, sin embargo de que, como he reseñado sumariamente, desde muy temprano se quiso llamar la atención sobre lo inconveniente de la exaltación desmesurada y pomposa de lo heroico, al mismo tiempo que se le censuró como producto de imitación. José Manuel Restrepo, cuya obra debe ser considerada, de pleno derecho, como parte de la historiografía venezolana, observó, en 1858, refiriéndose al traslado del corazón de Atanasio Girardot a Caracas, en 1813, dispuesto por Simón Bolívar como un medio para estimular el fervor combativo de sus tropas: "Este viaje fúnebre-triunfal fue criticado severamente por un autor contemporáneo [Se refiere a José María Blanco White, en su periódico **El Español**], como opuesto á los usos y costumbres de los habitantes de la América meridional, y como una imitación de las farsas de la Francia republicana'...", y las censuró duramente:... 'Estas procesiones, decía, con corazones en urnas, esos entierros á la heroica de Venezuela, y las fiestas cívicas de Buenos Aires, son cosas tan ajenas de las costumbres y opiniones de todos los países en que se habla español, que aunque produzcan un alboroto que los inventores toman por entusiasmo, solo contribuyen á disgustar á la gente sensata del país'. Todavía más, si bien el historiador grancolombiano justifica el retorno de Simón Bolívar a Caracas, para atender asuntos militares urgentes, no lo justifica... "en cuanto al triunfo y lo demás relativo al corazón y honores decretados á Girardot, los creemos excesivos y verdaderamente románticos"²¹.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL HEROÍSMO MILITAR NO PUDO VENIR DE MÁS ALTO

Si alguna razón faltare a quienes, escritores, ensayistas e historiadores, abogaron por la consolidación del estatuto del héroe militar; o a quienes, como gobernantes, dieron pasos en esa dirección, bien les habría venido alegar el deber de obediencia a lo dispuesto por la más alta instancia, reconocida y para ellos incontrovertible, en esa materia, es decir la representada por Simón Bolívar, según lo recordó Felipe Larrazábal al transcribir en su obra, citada, el decreto dado por el entonces recién galardonado, por la Municipalidad de Caracas, con el título de "El Libertador", el 14 de octubre de 1813.

Al serle participado el otorgamiento de este galardón, el agraciado respondió el 18 del mismo mes, agradeciéndolo y citando por sus nombres a otros merecedores del mismo, quienes,... "y los demás oficiales y tropas son verdaderamente estos ilustres libertadores. Ellos, señores, y no yo, merecen las recompensas con que a nombre de los pueblos quieren premiar vuestras señorías en mí, servicios que éstos han hecho". En consecuencia, dictó el siguiente 22 el Decreto por el cual se instituyó la Orden Militar de Libertadores de Venezuela.

En los considerandos se hallan condensados los fundamentos de la visión patriótica de la disputa de la Independencia, y se proclaman los méritos de los que debían ser valorados como genuinos libertadores, a lo que sigue

la más alta expresión de reconocimiento: "El premio de estas virtudes no está seguramente en el poder humano. Los hombres las admiran y los pueblos las reconocen. La injusticia más negra sería aquella que las escondiese al conocimiento universal. ¿Cómo no hacer distinguir por caracteres propios los autores inmortales de la libertad de Venezuela? ¿Cómo rehusar á esta ilustre República la satisfacción de testificarles su gratitud?".

En consecuencia, "para hacer conocer á los hijos de Venezuela los soldados esforzados que la han libertado, se instituye una orden militar que los distingue". Pero los portadores de la venera correspondiente no sólo recibirán un título de honor, sino que éste comportará una honrosa recompensa: "Serán considerados por la República y por el Gobierno de ella como los bienhechores de la Patria: serán denominados con el título de beneméritos: tendrán siempre un derecho incontestable á militar bajo las banderas nacionales: en concurrencia con persona de igual mérito serán preferidos: no podrán ser suspendidos y mucho menos despojados de sus empleos, grados, ó medallas, sin un convencimiento de traición á la República, ó algun acto de cobardía, ó deshonor"²².

En suma, no quedaba mucho margen para la disidencia de que, sin embargo y no sin correr riesgo, como hemos visto, hicieron gala algunos de los futuros críticos del culto heroico, quienes no sabemos si repararon en que, al hacer tal cosa, incurrieran en desacato a una potestad semidivinizada que osaban intentar humanizar.

NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA

- 1 Juan Vicente González, *Historia del poder civil en Colombia y Venezuela*, Caracas, en Cruz del Sur, 1951, pp. 27-28.
- 2 Mariano Picón Salas, "1941", *1941* (Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana), Caracas, Editorial La Torre, 1940, p. 30.
- 3 Carta de Manuel Vicente Romero García al Ministro de Agricultura, Industria y Comercio. Porlamar, 28 de junio de 1899. Manuel Vicente

Romero García, "Cartas", *Manuel Vicente Romero García* (Colección Clásicos Venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua), n.º 13, 1966, p. 354.

- 4 Manuel A. Osorio Calatrava, *La Sombra de Carujo*, Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1939, p. 45.
- 5 Eduardo Blanco, *Venezuela Heroica*, Caracas, Editorial Elite, 1935, 11.ª edición, p. 303.
- 6 Felipe Larrazábal, *La Vida del Libertador Simón Bolívar*, Nueva York, en la imprenta de Eduardo O. Jenkins, 1866, vol. I, pp. 232-233.

Recibido: 15 de enero de 2007

Aceptado: 15 de febrero de 2007

- 7 Domingo B. Castillo, *Memorias de Mano Lobo* (Colección Venezuela Peregrina, n.º 1), Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1962, p. 43.
- 8 Debo advertir al lector que la expresión "segunda religión", referida al culto a Bolívar, la utilicé en varios de mis trabajos sin señalar su origen, que ahora, al recorrer fichas elaboradas entonces, reconozco que su empleo correspondió al vago recuerdo de la lectura de esta obra cuando cursaba el 5.º Año de Bachillerato, en 1948, o no mucho tiempo después.
- 9 Manuel Díaz Rodríguez, *Ídolos rotos*, Caracas, Ediciones Nueva Cádiz, s.d., p. 162.
- 10 César Zumeta, *El continente enfermo*, Compilación, prólogo y notas de Rafael Ángel Insausti (Colección Rescate, vol. III), Caracas, Edit. Arte, 1961, p. 270.
- 11 Eduardo Blanco, *op. cit.*, p. 303.
- 12 Pedro María Morantes (seud. Pío Gil), *Cuatro años de mi cartera*, Málaga, Zambrano Hermanos, Impresores, 1911, pp. 75-76.
- 13 Vicente Dávila, "El Geógrafo Agustín Codazzi", *Investigaciones históricas*, Caracas, Imprenta Bolívar, 1923, vol. I, p. 210.
- 14 Manuel Vicente Romero García, "Marcelo", *op. cit.*, p. 217.
- 15 Pedro María Morantes (seud. Pío Gil), *Los Felicitadores*, Málaga, Zambrano Hermanos, Impresores, 1911, pp. 20-21.
- 16 Mario Briceño-Iragorry, *Mensaje sin destino*, Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo (Colección Nuestra Tierra, n.º 3). Caracas, Ávila Gráfica, S.A., 1952, pp. 22-23.
- 17 Manuel Díaz Rodríguez, "Discurso pronunciado el 13 de marzo de 1910 en el Paraninfo de la Universidad Central", *Sermones líricos*, n.º 8. Caracas, Talleres de linotipo de "El Universal", 1918, pp. 90-92.
- 18 Pedro Pablo Bartola, "Por qué Bolívar", *Revista de la Sociedad Bolivariana*, Caracas, 24 de julio de 1960, vol. XIX, n.º 63, p. 309.
- 19 Augusto Mijares, "Andrés Bello y la emancipación americana", *Hombres e ideas en América* (Biblioteca Popular Venezolana, n.º 12). Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1946, p. 76.
- 20 Francisco A. Encina, *Resumen de la Historia de Chile*, Santiago de Chile, Edit. Zig-Zag, 1961, t. I, p. 524.
- 21 José Manuel Restrepo, "Historia de la Revolución de Venezuela, en la América Meridional", *Historia de la Revolución de la República de Colombia, en la América Meridional*, Besançon, Imp. de José Jacquin, 1858, vol. II, pp. 193-194.
- 22 Felipe Larrazábal, *op. cit.*, pp. 232-233.